

Editando a Axular

Blanca Urgell

UPV/EHU

1. La nueva edición

El pasado junio terminamos una nueva edición del clásico de los clásicos vascos, el *Gero* (“Después”) de Pedro de Axular. El trabajo se encuentra en imprenta y se publicará en breve, patrocinado por Euskaltzaindia y el Gobierno de Navarra, en la colección Mendaur.

La edición se planteó por parte de los patrocinadores, en un principio, como revisión de la anterior de Villasante (Barcelona, 1964; Oñate, 1976), pero, como mostraremos en lo que sigue, el resultado es una edición nueva que, si bien conserva el espíritu de su antecesora, pretende cambiar sustancialmente el estado de la cuestión.

De aquella edición se han mantenido dos aspectos bien visibles: la traducción castellana y la intención de que sea una edición literaria o de lectura del clásico. La traducción, como es sabido (cf. Mitxelena 1964), también estaba necesitada de una revisión, pero debido al breve plazo de tiempo que nos concedían no nos pudimos comprometer a ello, por lo que no sale bajo nuestra responsabilidad, aunque sí hay algunas notas al respecto, no sistemáticas, en nuestra edición.

El que la edición sea literaria o de lectura viene dado por el contexto en el que surge la iniciativa y por la finalidad de la misma, además de ser un tipo de edición muy adecuado para un texto como el que nos ocupa, es decir, un texto que no ha perdido —o no debería perder— vigencia. Como todos sabemos, el que la edición sea literaria no exime al editor del trabajo crítico previo, sino que lo exige aún más, si cabe. Pero, por otra parte, todo ese trabajo, y el entramado filológico que lo sustenta, no debería entorpecer la lectura de la obra. Hemos optado en este punto, de acuerdo con los patrocinadores, por establecer un doble sistema de notas a pie de página, separando las notas explicativas de lo que es aparato crítico; así pues, sólo llevan llamada en el texto algunas notas que hemos considerado relevantes para su comprensión, entre ellas también casi todas las que acompañaban a la edición de Villasante, que hemos reproducido literalmente y, en algún caso, apostillado.

Es de sobra conocida la edición de Villasante, un trabajo digno que ha actuado durante más de 40 años como texto canónico (cf. su uso como fuente principal en el *Diccionario General Vasco*). ¿Qué justifica una nueva edición? Como entre nosotros Lakarra predica siempre que puede, una nueva edición sólo está justificada si mejora las anteriores, y esta nuestra pretende mejorarlas en dos aspectos fundamentales: la fidelidad al original y la calidad crítica del texto que ofrecemos.

Nuestra primera aspiración es básica, pero no banal: aspiramos a presentar un texto bien corregido, todo lo lejos que ha estado en nuestras manos —y en nuestros ojos— de la ingente cantidad de erratas presente en todas las ediciones anteriores (algunas de ellas baten marcas difícilmente superables), por el sencillo método de cotejar el texto que ha ido a la imprenta letra por letra y palabra por palabra con el original.

La segunda aspiración es continuadora natural de la primera: nuestro propósito ha sido ofrecer al lector un “texto limpio”, revisado críticamente, que recoja las mejoras de la labor filológica, sin dejar al lector la tarea de corregir o interpretar, y sin interferir en la lectura tranquila del libro. También en este punto hemos partido de una situación que podemos calificar de penosa, ya que aunque ha sido un texto muy transitado y citado, apenas podemos hablar de tradición filológica en torno a nuestro clásico. Sin embargo, plantea diversos problemas textuales de interés, algunos de ellos conocidos desde antiguo, como las importantes correcciones hechas en la segunda edición a varios pasajes —algunos de ellos claramente corruptos— de la *princeps*. Los acercamientos a este y otros problemas, por lo general más puntuales, del texto han sido por lo general anecdóticos, atomistas, asistemáticos, desafortunados y no pocas veces simplemente inexistentes, por lo que —salvo honrosas y contadas excepciones— la presente edición incorpora por primera vez los últimos adelantos en el estudio de Axular, como detallaremos a continuación, algunos de los cuales son aportaciones novedosas de la propia edición.

2. Presentación del texto

En este apartado, hemos seguido generalmente el atinado criterio de nuestro predecesor el P. Villasante, eso sí, intentando mejorar lo mejorable.

1. El texto va acompañado de tres numeraciones distintas: (a) hemos respetado la numeración de párrafos de Villasante —*sui generis*, al parecer temática—, para permitir la conexión con su larga e importante labor sobre Axular, en particular con el *Axularren Hiztegia* (Oñate, 1973); (b) se marcan las páginas de la *princeps* en el margen izquierdo; y (b)

las líneas de nuestra edición en el derecho. Nuestras dos numeraciones pretenden facilitar la consulta de las ediciones antiguas y vehicular las referencias del aparato crítico, que va, como queda dicho, a pie de página pero sin marca de número volado en el texto.

2. La grafía fue correctamente modernizada por Villasante, pero nos ha parecido que había motivos suficientes para hacer algunos cambios, teniendo en cuenta que la grafía del euskera unificado (o euskera *batua*) está más asentada y también mejor estudiadas algunas de las correlaciones entre grafía antigua y pronunciación.

Así, hemos modernizado algunas grafías, rompiendo conscientemente con una tradición remisa a algunos cambios que nos parecen de todo punto evidentes:

- i > j / — V (*iauna* > *jauna*, *ioan* > *joan*...)
- (i)ñ > in (*baiña* > *baina*...)
- (i)ll > il (*hilla* > *hila*, *trabailu* > *trabailu*...)

Sin embargo, hemos mantenido —con Villasante— algunas de las particularidades de Axular, también para no borrar del todo el necesario “toque” antiguo:

- la aspiración (entiéndase que, además de las oclusivas aspiradas, hemos respetado también todas las <h>, con independencia de las reglas del *batua*)
- las grafías “etimológicas”: *utzteko*, *arintkeria*...
- los fonetismos producidos en la unión de la negación *ez* con el verbo: *etzara*, *ezta*...

También hemos aprovechado para hacer alguna corrección, siguiendo en buena parte las indicaciones de Mitxelena (1974) en el tema de las grafías ambiguas de aspiradas (<cc> y <th>), tema en el que hemos podido hacer bien poco, y en el tema de las sibilantes, tanto en lo que respecta a la oposición apical/dorsal, como a la oposición fricativa/africada, campo este en el que el texto original presenta bastantes dificultades, obviadas por lo general —en un sentido o en otro— por las ediciones anteriores y para las que hemos presentado algunas hipótesis explicativas, además de estudiar el texto en su conjunto, intentando encontrar soluciones aceptables o, cuando menos, explícitas.

3. La puntuación ha sido modernizada completamente, intentando que un lector actual pueda leer con comodidad el texto e interpretar correctamente su sintaxis. Somos conscientes de que es un riesgo adicional, si bien necesario. Hemos contado, además, con la ayuda de la edición Lekuona (1954), que se sirvió de unos criterios muy parecidos a los nuestros, además de poseer una magnífica intuición como hablante, de la que nos hemos fiado no pocas veces.

4. Villasante mantuvo los acentos que aparecen con cierta regularidad sobre la vocal *e*, dado que no sabía si era una *e* larga o doble, o qué era. Tras examinar los casos encontrados, concluimos que, con poquísimas excepciones, el acento sobre la *e* marca a los largo de todo el libro, pero defectivamente, las contracciones de vocales producidas en la unión entre palabra acabada en *a* o *e* con ciertos casos de la declinación (tipo *umètara* < *ume* + *etara* o *gerlèkin* < *gerla* + *-ekin*). Sin duda, Axular pretendía subrayar con el acento un cierto relieve fónico de esa sílaba, la naturaleza del cual no puede deducirse del texto y deberá, por tanto, ser debatida por los expertos.

5. Para transcribir el latín hemos seguido punto por punto el criterio del latinista Gidor Bilbao en su edición de Etxeberri de Sara (2006), que sigue a su vez los criterios estándar en la edición de textos neolatinos. La puntuación de nuestra edición se basa casi por completo en la de Lekuona, buen puntuador y sin ninguna duda más ducho en latín que quien esto escribe.

6. Aunque no ha sido este el criterio seguido por los editores anteriores, las citas y sus referencias se han respetado íntegramente, aun a sabiendas de que no coinciden siempre con las fuentes o, mejor dicho, con la versión de las fuentes que uno tiene a mano. Es este un problema filológico bien conocido, y de solución obligada: casi nunca conocemos las fuentes directas de Axular, pero podemos conjeturar que gran parte del material que cita procede de compilaciones, por lo que alterar sus citas supone desprestigiar la forma de transmisión de las “autoridades” en época antigua, obviar la existencia de versiones distintas de los mismos pasajes, y además borrar los rastros más seguros si, en un futuro, algún esforzado filólogo quisiera rastrear dichas fuentes.

3. Revisión crítica

Como hemos dicho, apenas se puede hablar de tradición crítica en torno al texto de Axular. La única edición del siglo XIX es la de Inchauspe, conocida por trastocar el orden de los capítulos y censurar la obra en lo relativo al sexto; desgraciadamente, los filólogos decimonónicos extranjeros que tanto avanzaron en textos como Etxepare o Leizarraga, apenas dedicaron atención al que nos ocupa, si exceptuamos la crucial aportación del bibliógrafo Vinson sobre la naturaleza de la segunda edición (denominada *Gueroco guero* “Después de después”).

El siglo XX no fue, en su primera mitad, un buen siglo para Axular, ya que la reacción purista condenó al ostracismo —y hubiera condenado al fuego, si se terciara, en algún caso extremo— la literatura anterior: aunque se produjo algún intento de edición (citado por Orixe

en 1927) y se publicó en parte una traducción al guipuzcoano (J. A. Ateaga, *Euskal Esnalea* 1909), la tónica general fue pensar que incluso Axular era una lectura más peligrosa que recomendable. Como siempre, es Julio de Urquijo la excepción que confirma la regla, quien publicó por entregas la edición facsímil de la *princeps* (RIEV 1910-1933), si bien llegando sólo hasta el cap. 47, así como la traducción vizcaína de Añibarro (1923-1933), también inconclusa, ambas truncadas por la Guerra Civil.

El regreso paulatino a una cierta cordura se produce en la estela del alegato de Ibar (1936), que, como sabemos, tuvo una gran influencia en la sensibilidad de los vasquistas y vascólogos de la segunda mitad del siglo. La primera reacción la lidera Euskaltzaindia, con una edición hecha por el propio presidente de la Academia, Manuel Lekuona (1954). Esta edición es bastante deficiente, tanto por los errores involuntarios como por los que parecen cambios voluntarios o despreocupación por los “detalles” de la lengua de Axular (podríamos hablar de un *Gero* teñido de *gipuzkera osotua*, es decir, de lo que sería el dialecto central estándar de la época), pero tiene algunas virtudes, además de la impagable de rescatar el clásico del rincón al que había sido condenado por el purismo, como son elegir conscientemente la *princeps* como texto base, si bien tomando en cuenta (y marcando sistemáticamente) las correcciones y variantes de la segunda edición que mejoran el texto, corregir acertadamente algunos errores de la *princeps* (pero por lo general sin dejar constancia) y puntuar —es decir, interpretar— muy bien el texto. El lexicón final es de Mitxelena, que tal vez colaborase en algún aspecto más.

La edición de Villasante sigue, en parte al menos, la tónica de la de Lekuona, con algún pequeño retroceso, y varias y meritorias mejoras: guarda rigurosamente el debido respeto a la lengua del original, moderniza con tino la grafía y realiza una interpretación completa del texto en la traducción castellana que la acompaña, pero no es consistente en la puntuación, con frecuencia demasiado conservadora, tiene cientos de errores de todas las gamas, incluidos varios homoioteleuton e infinidad de pérdidas de palabras no significativas (un posesivo aquí, un *ere* allá...), que delatan poco cuidado en la corrección de pruebas; además, procede como Lekuona en la constitución del texto, pero señala menos sistemáticamente que él los cambios introducidos siguiendo la segunda edición.

Esta edición de Villasante en su primera versión de 1964 se vio completada y en ocasiones corregida por el *Axularren hiztegia* (“Lexicón de Axular”) de 1973, y ambos, a su vez, en la versión de 1976, en donde se integran también —*more* Villasante— muchas de las

indicaciones de Mitxelena, autor que, con ocasión de la reseña, pero también aquí y allá, se ha ocupado de algunos aspectos del texto y la lengua de Axular.

Tal es la situación en la que nos encontrábamos al comenzar hace ya algunos años los trabajos preliminares que poco a poco han desembocado en esta edición. Es decir, que carecíamos de un trabajo filológico que afecte a la totalidad del texto e intente solucionar sus problemas, tanto generales como particulares, tanto conocidos, como aquellos que el propio trabajo crítico vaya desvelando. En nuestra contribución hay tres problemas principales que podemos resumir en las siguientes preguntas: (1) ¿cómo tratar las correcciones del *Geroko gero*? (2) ¿acaso todas las formas de la *princeps* que parezcan posibles han de ser aceptadas? y (3) ¿cuál ha sido el papel del proceso editorial en el estado actual del texto?

3.1. ¿Cómo tratar las correcciones del *Geroko gero*?

La segunda edición sigue muy de cerca la *princeps*, incluyendo el mantenimiento de la caja, lo que supone que, por lo general, se ha compuesto casi línea por línea según la primera edición. Con otros cambios menos importantes —y no pocos errores añadidos—, la segunda edición tiene —como es conocido desde Vinson por lo menos, al menos superficialmente— algunos cambios significativos que separaremos en tres grupos: (a) cambios tipográficos, que Vinson utilizó para catalogarla como edición pirata (“contrefaçon”) y fecharla como 60-80 años posterior a la primera, esto es, a comienzos del s. XVIII (aprox. 1700-1720); (b) aparición esporádica de variantes que nos permiten hablar de un revisor vascongado, tal vez algo más oriental y probablemente de época posterior a Axular; (c) corrección de algunas erratas y, sobre todo, corrección de pasajes del *Gero*, tanto de algunos corruptos, como de otros en los que, sin otra base, no se observa ninguna anomalía.

Es evidente que, con independencia de lo que aprendamos sobre la segunda edición y su responsable —tema también muy interesante, sin duda—, a la hora de establecer el texto son las variantes del grupo (c) las que han de ser examinadas críticamente, con objeto de decidir su naturaleza. Recordemos que las hipótesis que se habían barajado hasta ahora —si bien de manera muy esquemática (y a veces novelada)— aceptan siempre en la existencia de un original de Axular, que habría estado en manos del responsable del *Geroko gero*, dado que nadie duda de lo acertado de sus correcciones. Otro tema sería dónde está el límite entre lo que supuestamente habría sido corregido en base al original y lo que sería de propia cosecha del corrector moderno (variantes como *escaldun* por *euscaldun*, que incluimos en el grupo (b) con certeza).

Hay, además, un tema que parecía tangencial, pero ha resultado ser crucial para establecer una hipótesis sólida sobre la relación entre *Gero* y *GGero*: en el ejemplar de Urquijo que reprodujo Euskaltzaindia en el facsímil de 1988 hay correcciones manuscritas de al menos dos manos, y una de ellas coincide casi siempre con las lecturas divergentes de *GGero* que hemos clasificado en (c). Mi hipótesis era que alguien había corregido el ejemplar de Urquijo cotejándolo con un ejemplar del *GGero*, pero, como todos sabéis, Salaberri Muñoa (2007) se ha dado cuenta de que hay tres ejemplares del *Gero* —de entre los doce que él ha localizado— que tienen las mismas correcciones y de la misma mano. Piensa que estas correcciones son antiguas y, más concretamente, hechas por un corrector de la casa Millanges. Según esta hipótesis, las correcciones manuscritas estarían basadas en el original de Axular —o, mejor dicho, en la copia en limpio, seguramente no autógrafa— que sirvió de base a la edición de 1643.

La hipótesis es perfectamente plausible y, además, se puede refrendar con pruebas textuales: en efecto, algunas divergencias entre las correcciones manuscritas y *GGero* se explican con facilidad si pensamos que son malas interpretaciones del responsable de la segunda edición.

Hay un homoioteleuton en *...concupiscentiae, quam extingi...* (*Gero* 52), corregido por la mano en *...concupiscentiae, quam [malebam expleri quam] extingi...* (los corchetes señalan la adición manuscrita) y que el *GGero* no corrige bien (*...concupiscentiae malebam expleri quam extingi*), debido probablemente a un despiste del corrector.

Tampoco corrige bien la supresión siguiente: *...çuhaitz bat seiñalatu baitci-/oen, [erran zioen] bertze guztietaric bai, baiña haren fruitutic etçeçala ian...* (*Gero* 57) : *...baitcioen erraten cioëla bertze...* (*GGero*).

Así pues, aceptamos como lectura del original las correcciones manuscritas del ejemplar Urquijo. Hemos podido cotejarlas con uno de los otros dos ejemplares corregidos, con el *AK-732* de Euskaltzaindia, un ejemplar muy dañado, que no siempre conserva las páginas que nos interesan; hemos hecho gestiones para ver el de Pau también, pero por ahora no lo hemos conseguido. Coincidimos con Salaberri Muñoa en creer que son de la misma mano y hemos aceptado la hipótesis de que dicha mano sea la de uno de los correctores de la imprenta, cosa, si no habitual, al menos conocida en la imprenta antigua (Gaskell 1999: 163 y 165). En cualquier caso, esta hipótesis tiene dos ventajas: ofrece una cronología satisfactoria para el trío formado por *Gero*, *Geroko gero* y las anotaciones manuscritas, y es productiva de cara a la edición, ya que nos permite decidir cuáles de las lecturas divergentes del *Geroko gero* proceden del manuscrito base usado en la imprenta o —más seguro aún— cuáles no proceden

en absoluto de allí y son, por tanto, conjeturalmente cambios del responsable dieciochesco de la segunda edición.

Así, p. ej., un cambio pequeño como *nahastecac* (Gero 31) : *nahasteriac* (GGero). Pero también adiciones que, con este filtro, resultan ser espurias, como ...*baratzen da* (Gero 46) : *baratzen eta gelditzen da* (GGero), o ...*erraiten zuela sendagailaz [beçala]* (Gero y GGero 227; la adición entre corchetes), o la famosa de *buiracan [edo buruan]* (Gero y GGero 292), o el comentario siguiente, que delata tal vez a un eclesiástico: *ecin daidiquete hec penitenciaric, [nahiago balute ere]* (Gero y GGero 616); o bien correcciones como *han* (Gero 127, con antecedente en *gueure Jaincoa baithan eta haren misericordian*) : *haren baithan* (GGero), o el curioso cambio léxico *trentena* (Gero 246) : *Meça* (GGero). Hay incluso alguna corrección cultural, como *Noeren semetaric bata* (Gero 258) : *Noeren ilhoba Chanaan* (GGero). O correcciones aún más significativas para nosotros, como *Sainduonek* (Gero 85): *Saindu hunec* (GGero), o bien *bira* (Gero 126) : *diren* (GGero), que delatan seguramente a un vasco no familiarizado con esos arcaismos.

3.2. ¿Acaso todas las formas de la *princeps* que parezcan posibles han de ser aceptadas?

Con frecuencia son los lexicógrafos —empezando por Pouvreau— los únicos que se han tomado el trabajo de valorar e interpretar las formas del texto, con frecuencia de forma aislada y no siempre afortunadamente, con lo cual, no sólo no se ha trabajado críticamente, sino que se ha creado una masa ingente de documentaciones de segunda mano (y de empleos de formas dudosas y/o fantasmas por lectores entusiastas de Axular y/o usuarios inadvertidos de los diccionarios) que ha llegado, no pocas veces aún sin crítica, hasta el *Diccionario General Vasco*.

Rico (2005) nos alecciona sobre los peligros de sacralizar las *princeps* de las grandes obras de la literatura y, en consecuencia, de tratar sus errores, hasta los más evidentes, como si fueran perlas dejadas a propósito por el genio singular del artista. Esto no significa que debamos pasar al otro extremo, pero exige que nos planteemos la existencia real de formas y variantes que han sido mantenidas hasta hoy en el texto, aunque un examen detallado, que tenga presente el contexto, las delata como dudosas o claramente defectuosas.

Así, por ejemplo, *erain* por *erein* (Gero 178) no es imposible en general (se documenta en Etcheberri de Ziburu y Gasteluzar por lo menos), pero sí lo es en el *Gero* —aunque haya sido aceptada por AxH (s.v. *erain*) y DGV (s.v. *erein*) — dado que hay *erein* en todas las demás apariciones (14, en total), algunas de ellas en este mismo pasaje.

Es similar el caso de *fidantza* por *fidantzia* (Gero 129): Etcheberri de Ziburu usa las dos formas —*fidantçia* (Man I, 1323), pero *fidantça* más frecuentemente (id. 3401, Man II, 3737 y 4194; *Eliç* 626 y 4812; datos ofrecidos por Isaak Atutxa), entre otros autores (cf. AxH y DGV). Sin embargo, en nuestro texto la situación es especial: el ej. citado es el único del capítulo, frente a 16 de *fidantzia*, y no hay más que otro ej. en el libro, que tiene aún más posibilidades de ser errata, por atracción de las formas que la acompañan: *esperANTZA*, *fidantza eta segurANTZA* (Gero 134).

La mano que hemos atribuido al corrector de la imprenta nos ayuda a eliminar formas tan poco sólidas como *etxatier* por *etxatiar* (Gero 121; cf. además *etxatiar* 566), o *konplezino* por *kondizino* (Gero 355).

No es tan simple el caso de *hausnaur* (Gero 598), si bien es necesario corregirlo, en nuestra opinión. Hay que tener en cuenta que todas las variantes de esta palabra tienen un solo diptongo, sea en una

silaba, sea en la otra (cf. *DGV*, s.v. *hausnar*), cosa en la que coincide también Axular en dos de sus tres ejemplos (*hasnaur* 598 y 620). Aunque a veces se ha preferido la forma *hausnaur* (en *Gero* 598 hay *hausnaur* en *GGERo*, y en las eds. de Lekuona y Villasante; *AxH* no recoge este ej.), parece más lógico pensar que es ella la menos probable desde todos los puntos de vista.

Es cuando menos dudosa la forma *lachio* (*GGERo* 341), leída *laxio* en Villasante, pero *latxio in m.* (como subraya el *DGV*, s.v. 1 *lakio*), no así en *AxH*-n. Por desgracia, es la única aparición: tal vez no sea una forma imposible, pero, por otra parte, Etcheberri de Sara tiene *latxio*, *latxibo* Haraneder y *latxigu* Harizmendi (ap. *DGV*), que coinciden todas en la sibilante africada.

3.3. ¿Cuál ha sido el papel del proceso editorial en el estado actual del texto?

Un buen número de las razones que invitan a no dejarse llevar por el temor reverencial a tocar la *princeps* lo encontramos en el campo de lo que se suele denominar “bibliografía textual”.

Ya hemos apuntado al menos una de ellas: la *princeps* es —debe ser, *salvo meliore*— nuestro texto base, porque se halla sin duda más cerca del original de Axular, pero es bastante improbable que el texto que llegó a la imprenta fuera un autógrafo de Axular, puesto que se acostumbraba a enviar una copia en limpio hecha por un profesional. Esto tiene varias implicaciones a nivel filológico, entre las cuales la más evidente y conocida es la existencia no de uno, sino de dos momentos —el de la copia y el de la composición— en los que se han podido introducir errores ajenos a la mano del autor que no siempre han sido detectados en las pruebas de imprenta.

Por otra parte, los autores de aquellos tiempos no solían pensar que las cuestiones de grafía y puntuación fueran con ellos; por el contrario, estos temas solían dejarlos en manos de los especialistas, es decir, del amanuense contratado para la copia en limpio y de los correctores de la imprenta. Es sabido que buena parte de la “culpa” de que nosotros (aunque tal vez ya no nuestros nietos) hablemos de “ortografía” y se nos haya hecho aprender una única forma de escribir cada palabra, mediante una serie de reglas, la tienen las imprentas, que fueron regularizando la grafía de las obras que imprimían según los criterios de la casa, hasta que otras instancias (las Academias, sobre todo) tomaron sobre sí la tarea, de donde acabó pasando a las escuelas.

Nada sabemos de la influencia de las imprentas en el surgimiento y la evolución de la grafía vasca, porque nadie ha estudiado el tema, que sepamos, desde esta perspectiva. Pienso que sería interesante, por ej., comparar a Etcheberri de Ziburu con Axular, y contrastar las obras de aquél hechas en Millanges con las hechas fuera, pero este es un tema que no hemos podido abordar todavía. Es bastante probable, por contra, que las costumbres del compositor —quizás bearnés— hayan influido en la abundancia de *-s* y *-tz* incorrectas en final de palabra

(tipo *cines* por *cinez* y *hutz* por *huts*), finales que serían para él más familiares; las abundantes correcciones manuscritas y/o del *GGero* en este sentido ratifican que se trata de confusiones gráficas ajenas al autor (y, por tanto, a su lengua).

Por último, queda sin explorar debidamente otro aspecto descuidado —a lo que se nos alcanza— en la filología vasca: la influencia de la composición por formas en la apariencia o disposición del texto y, en ocasiones, incluso en el propio texto. Jamás se componía un libro de alguna extensión en su totalidad, ni mucho menos, porque las imprentas carecían del número elevadísimo de tipos y demás útiles necesarios al efecto, y casi nunca se hacía por páginas seguidas, sino por formas, es decir, por caras del pliego o, más exactamente, de su molde en plomo. Por ejemplo, en la forma exterior de un octavo como el *Gero* entraban, unas frente a otras y de izquierda a derecha, las páginas 4-5, 13-12, 9-16 y 8-1, y en la forma interior las páginas 7-2, 10-15, 11-14 y 6-3, con objeto de que al doblar el pliego —al formar el cuadernillo— cayera cada una en su lugar. Como con frecuencia —sobre todo en imprentas grandes, como debió de ser Millanges— se encontraban varias formas en distintas fases del proceso editorial, lo habitual era “medir” el libro, calculando a ojo de buen cubero qué porción de texto entraría en una página, para poder así componer las distintas formas independientemente unas de otras. Algunas veces el cálculo fallaba, y se marcaba demasiado texto o demasiado poco. El compositor recurría a alargar o acortar el texto, agregando o quitando espacios en blanco, o de otras maneras; en los casos más extremos, podía llegar —y de hecho se hacía no pocas veces, en ocasiones con la ayuda del corrector— a tocar el propio texto (Rico 2005: 172-208).

Pues bien, hemos detectado irregularidades en la distribución de las manchas de texto y en la separación de párrafos que delatan este tipo de prácticas, sumamente habituales: en un extremo, páginas que no tienen ni un solo punto y aparte, llenas de <ê> por <en>; en el otro, páginas en las que los párrafos apenas tienen dos tres líneas.

Un buen ejemplo son las págs. 300 y 301, es decir, las dos págs. de la izquierda de la forma exterior del pliego V (equivalentes a las págs. 4 y 5 de nuestro modelo de pliego), que representan cada una de ellas uno de los casos. En la 300 los últimos párrafos son breves, y se separa la cita latina de su glosa en euskera, cosa inusual. En la 301, en cambio, salvo las dos primeras líneas, todo el texto va en un mismo párrafo y en las últimas diez líneas se concentran todos los signos <ê>, señal de que el compositor se fue percatando de la falta de espacio.

Lo que no hemos hecho es descubrir si esto tiene o ha podido tener alguna repercusión en el propio texto, aunque sí hay un pequeño —y bastante inocente— indicio de ello.

En la misma pág. 301 encontramos, además, la abreviatura *Plat.* por *Platonec*, que es con diferencia el ejemplo más claro que hemos encontrado hasta ahora en el *Gero* del tema que nos ocupa.

4. Bibliografía y abreviaturas

AxH = Villasante 1973.

Axular, P., 1643, *Guero*, Bordelen, G. Millanges Erregueren Imprimaçaillea baithan [Ed. de M. Lekuona, Itxaropena: Zarauz. Ed. de L. Villasante, Jakin, Oñati, 1976. Reed. facsimil, Academia de la Lengua Vasca, 1988].

—, s.a., *Guero guero*, (...) *Bigarren edicionea corrigetua eta emendatua*, Bordelen, G. Millanges Erregueren Imprimatçaillea baithan [Para la colación hemos usado el microfilm de la Biblioteca de la UPV/EHU; puntualmente, hemos empleado también el ejemplar VR-582 de la Biblioteca Foral de Bizkaia, en su versión digitalizada: http://www.bizkaia.net/foruliburutegia/index_foruliburutegia_eu.htm].

Bilbao, G., 2006, *Joanes Etxeberri Sarakoaren saiakera-lanak eta latina ikasteko gramatika: edizioa eta azterketa*, tesis doctoral inédita de la UPV/EHU, Gasteiz.

DGV = Mitxelena 1987-2005.

Gaskell, Philip, 1999 [1972], *Nueva introducción a la bibliografía material*, Gijón: Trea. [Trad. cast. de C. Fernández Cuartas y F. Álvarez Álvarez. Prólogo y revisión técnica de José Martínez de Sousa].

Ibar, 1936, *Genio y lengua*, Tolosa [ed. del autor].

Mitxelena, K., 1964, “Bibliografía. *Pedro de Axular. Gero (Después)*. Introducción, edición y traducción de Luis Villasante, O.F.M. (de la Academia de la Lengua Vasca). Espirituales españoles, Juan Flors, Editor. Barcelona, 1964 [reseña]”, *BAP* 20, 477-478.

—, 1974, “De lexicografía Vasca. A propósito de *Axular-en Hiztegia* del Padre Luis Villasante”, *FLV* 6, 103-122. [Reed. in *SHLV* I, 385-399].

—, 1987-2005, *Orotariko Euskal Hiztegia. Diccionario General Vasco* (15 vol.), Bilbao: Euskaltzaindia, etc.

Orixe, 1927, “Euskal literaturaren atze edo edesti laburra”, *Euskal Esnalea* 17, 194-196.

Rico, F., 2005, *El texto del “Quijote”*, Barcelona: Destino.

Salaberri Muñoa, P., 2007, “Axularren *Gero* liburuaren lehen edizioa. Aleak, aldeak eta zuzenketak”, comunicación presentada al II Congreso de la Cátedra Mitxelena (8-11 de octubre), en prensa en las actas del mismo, Vitoria-Gasteiz: UPV/EHU.

Villasante, L., 1973, *Axular-en Hiztegia*, Arantzazu / Oñati: Jakin.

Vinson, J., 1891-1898, *Essai d'une Bibliographie de la Langue Basque*. [Reed. facs. con notas de J. de Urquijo, Suplementos de *ASJU* 9, Donostia, 1984].